

«MARÍA, ESPIGA DE VIDA»

San Efrén es honrado por la tradición cristiana, justamente, con el título de «cítara de Dios». Supo unir en su notable producción literaria teología y poesía. El verso que encabeza esta página pertenece a uno de sus *Himnos sobre María*, a la que este Doctor de la Iglesia tuvo una profunda y entrañable devoción. En una de sus catequesis, el Papa Benedicto XVI expone que «para san Efrén es importante el papel de la mujer. Siempre habla de ella con sensibilidad y respeto: la habitación de Jesús en el seno de María elevó al máximo la dignidad de la mujer. Para san Efrén, como no hay redención sin Jesús, tampoco hay encarnación sin María»¹. No exageraba un solo gramo este diácono nacido en la Siria del siglo IV. El sí de María abrió las puertas al Hijo de Dios para que entrara en este mundo y plantara su tienda entre nosotros. Del mismo modo, el sí de Jesucristo al Padre, obedeciéndolo hasta la muerte, y una muerte de cruz (cf. Flp 2,8), nos ha abierto las puertas del Reino de Dios, las puertas de la vida y la salvación.

María, Sierva del Señor

En María todo es entrega, apertura a la voluntad del Padre, disponibilidad para acoger la promesa divina de salvación. Ella vive su existencia como servicio a Dios y a los hombres. Por eso se llama a sí misma la *Sierva del Señor*, su esclava, sobre cuya figura humilde ha puesto el Señor sus ojos: «He aquí la sierva del Señor: hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Comentando este evangelio, otro Doctor de la Iglesia, Orígenes, utiliza una expresión muy hermosa y de elevado lirismo: «Heme aquí, soy una tablilla encerada, que el Escritor escriba lo que quiera, haga de mí lo que quiera el Señor de todo»². Compara de esta forma a María con una tablilla encerada que se usaba antiguamente para escribir. Hoy podríamos decir que

¹ BENEDICTO XVI, *Audiencia General*, 28 de noviembre de 2007.

² ORÍGENES, *Comentario al evangelio de Lucas*, 18.

María se ofrece a Dios como una página en blanco, sobre la que Él puede dibujar, a su antojo, lo que quiera.

Sierva del Señor es el único título que María se atribuye a sí misma. «Este título –comenta un autor– significa obediencia al Padre y aceptación de su plan de redención a través de la encarnación del Hijo. La vocación de María es el servicio al Padre y al Hijo... Lo que Israel no llevó a cabo debido a su incredulidad y desobediencia, lo lleva a cabo María por su fe y obediencia al Padre. Lo mismo que el primer Israel comenzó con el acto de fe de Abrahán, así el nuevo Israel comienza con el acto de fe de María, sierva de Dios»³. Pero todos sabemos que la obediencia a los planes de Dios, asumida con amor y con gozo, no siempre lleva consigo frutos de dulce sabor, sino también amargura, duda, oscuridad, sufrimiento... Es el Calvario a donde hemos de subir para salir más tarde del Sepulcro. «La misión de esta sierva – lo mismo que la del siervo del Señor– será oscura y también dolorosa. El camino que el Padre le ha trazado al Hijo, lo ha trazado también para María, su madre. Y María, lo mismo que el Hijo, se abandona obediente a la voluntad del Padre»⁴.

Grano que muere en el surco de la vida

María sabe perfectamente que el grano de trigo sólo produce abundante fruto cuando muere y es enterrado en el surco labrado por el Dueño de la mies (cf. Jn 12,24–26). La lección evangélica del grano que muere la tiene muy bien aprendida la joven nazarena. Ella aparece vestida diariamente con el traje del servicio, la entrega y el amor a los demás. María es espiga limpia, pura, hermosa, dorada como los rayos del sol... Ella se ha convertido en espiga fecunda porque, muriendo a sí misma y a sus propios planes, supo acoger y abrazar el plan de Dios en la humildad de su existencia. María es *espiga de vida* porque se consagró enteramente al servicio del Señor, al Dios de vivos y

³ EMILIANO JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, *Rut la moabita*, Grafite Ediciones, Bilbao 2001, 200.

⁴ Ib.

no de muertos. María es *espiga de vida* porque en Belén, que en hebreo significa «Casa del Pan», da a luz a Jesucristo, «Pan vivo bajado del cielo» (Jn 6,51), alimento que en la Eucaristía se nos ofrece como el Cuerpo y la Sangre de nuestro Redentor: «nadie tiene amor más grande que aquél que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13).

Buenos hijos de tan buena Madre

Aprendamos de María Madre e imitémosla como buenos hijos suyos. La fiesta de la Inmaculada nos invita a contemplar su hermosura, una belleza no comparable con la de ningún otro ser creado, porque es el reflejo puro de la belleza divina. Este esplendor de la Virgen, lejos de alejarnos de ella, al tomar conciencia de nuestros pecados, de nuestras limitaciones humanas y nuestra pobreza de corazón, debe animarnos a imitarla, en la medida de lo posible. «Desde el misterio de la Inmaculada Concepción, esforcémonos por renovar la mirada, quizás un poco gastada, que depositamos en María: nuestro corazón, ¿es aún lo bastante puro y transparente para dejarse transformar por ella? En su presencia empecemos por reconocer en primer lugar nuestra pobreza y renovemos este hallazgo siempre nuevo que debería ser la alegría de nuestras almas y la luz de nuestras vidas: la Madre de Dios se nos ha dado para ser también nuestra propia Madre. Ella puede y quiere engendrar cada día en nosotros el Hijo que el Padre de los cielos le ha confiado»⁵.

Tratando de conocer e imitar las virtudes de María aprenderemos a ser humildes. Éste es el camino: sencillez de corazón y humilde aceptación de la voluntad de Dios. «Dios no nos exige –escribía san Rafael, monje trapense recientemente canonizado– más que sencillez por fuera y amor por dentro, ¿ves qué fácil? En realidad qué fáciles y sencillos son los verdaderos caminos de Dios»⁶

⁵ DOM ANDRÉ POISSON, *En oración con María*, Monte Carmelo, Burgos 2009, 180.

⁶ SAN RAFAEL ARNÁIZ, *Obras completas*, C (128) – 644.

Y ahora sí, para concluir esta reflexión, meditemos el inspirado himno de san Efrén:

«Vosotros todos, los que discernís, venid y admiremos a la Virgen que es madre, la hija de David.

Venid y admiremos a la Virgen del todo pura, maravilla en ella misma, sola entre lo creado.

Ha dado a luz sin haber conocido hombre, alma pura, llena por tanta maravilla.

Cada día su espíritu se dedicaba a las alabanzas, porque se gozaba de la doble maravilla:

¡Virginidad conservada y el hijo más amado!...

“Tu morada, hijo mío, es más grande que ninguna, y, sin embargo, has querido que yo fuera tu morada.

El cielo es demasiado pequeño para contener tu gloria, y sin embargo yo, el ser más sencillo, te llevo...

He aquí que he concebido permaneciendo virgen.

Profeta del Espíritu, rico en visiones, mira, pues, al Emmanuel que te ha quedado escondido.

Venid, pues, vosotros todos, los que sabéis discernir, vosotros que por vuestra voz, por el Espíritu sois testigos.

¡Poneos en pie, regocijaos: he aquí la cosecha!

Mirad, en mis brazos sostengo la espiga de vida”»⁷.

A handwritten signature in black ink, consisting of a cross symbol followed by the name 'Rafael' in a cursive script.

✠ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela–Alicante

⁷ SAN EFRÉN EL SIRIO, *Himnos sobre María*, n. 7.